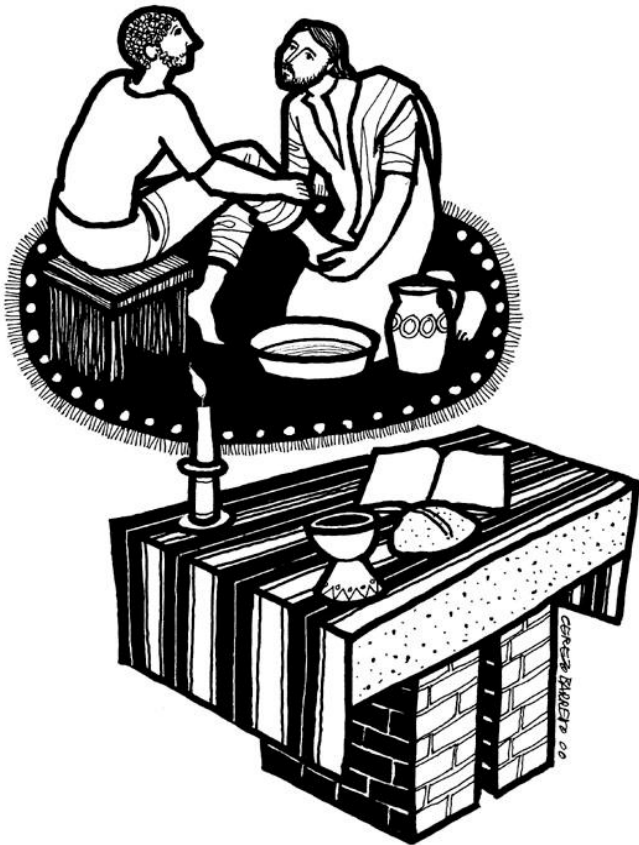


**1 ABRIL 2010
JUEVES SANTO**



- Ex 12,1-8.11-14. Prescripciones sobre la Cena Pascual.
- Sal 115. R. El cáliz de la bendición es Comunión con la Sangre de Cristo.
- 1Co 11,23-26. Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la Muerte del Señor.
- Jn 13,1-15. Los amó hasta el extremo

1. CONTEXTO

DESPEDIDA INOVIDABLE

Jesús sabe que sus horas están contadas. Sin embargo no piensa en ocultarse o huir. Lo que hace es organizar una cena especial de despedida con sus amigos y amigas más cercanos. Consciente de la inminencia de su muerte, necesita compartir con los suyos su confianza total en el Padre incluso en esta hora. Los quiere preparar para un golpe tan duro; su ejecución no le tiene que hundir en la tristeza o la desesperación.

Al parecer no se trata de una cena pascual. Es cierto que algunas fuentes indican que Jesús quiso celebrar con sus discípulos la cena de la Pascua o séder, en la que los judíos conmemoraban la liberación de la esclavitud egipcia. Sin embargo, el describir el banquete, no se hace una sola alusión a la liturgia de la Pascua, nada se dice del cordero pascual ni de las hierbas amargas que se comen esa noche, no se recuerda ritualmente la salida de Egipto, tal como estaba prescrito. Parece más verosímil la información de otra fuente que sitúa la cena de Jesús antes de la fiesta de la Pascua.

Probablemente, Jesús peregrinó hasta Jerusalén para celebrar la Pascua con sus discípulos, pero no pudo llevar a cabo su deseo, pues fue detenido y ajusticiado antes de que llegara esa noche. Sin embargo sí le dio tiempo para celebrar una cena de despedida.

En cualquier caso, no es una comida ordinaria, sino una cena solemne, la última de tantas otras que habían celebrado por las aldeas de Galilea. Bebieron vino, como se hacía en las grandes ocasiones; cenaron recostados para tener una sobremesa tranquila, no sentados, como lo hacían cada día.

Esa noche Jesús no se retira a Betania como los días anteriores. Se queda en Jerusalén. Su despedida ha de celebrarse en la ciudad santa. Los relatos dicen que celebró la cena con los Doce, pero no hemos de excluir la presencia de otros discípulos y discípulas que han vendido con él en peregrinación.

Jesús vivía las comidas y cenas que hacía en Galilea como símbolo y anticipación del banquete final en el reino de Dios. También esta noche, aquella cena le hace pensar en el banquete final del reino. Dos sentimientos embargan a Jesús. Primero la certeza de su muerte inminente; no lo puede evitar: aquella es la última copa que va a compartir con los suyos; todos lo saben: no hay que hacerse ilusiones. Al mismo tiempo, su confianza inquebrantable en el reino de Dios, al que ha dedicado su vida entera. Habla con claridad: "Os aseguro: ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba, nuevo, en el reino de Dios. La muerte está próxima. Jerusalén no quiere responder a su llamada. Su actividad como profeta y portador del reino de Dios va a ser violentamente truncada, pero su ejecución no va a impedir la llegada del reino de Dios que ha estado anunciando a todos.

Movido por esta convicción, Jesús se dispone a animar la cena contagiando a sus discípulos su esperanza. Comienza la comida siguiendo la costumbre judía: se pone en pie, toma e sus manos pan y pronuncia, en nombre de todos, una bendición a Dios, a la que todos responden diciendo "amén". Luego rompe el pan y va distribuyendo un trozo a cada uno. Probablemente se lo habían visto hacer a Jesús en más de una ocasión. Saben lo que significa aquel rito del que preside la mesa: al obsequiarles con este trozo de pan, Jesús les hace llegar la bendición de Dios. ¡Cómo les impresionaba cuando se lo daba a pecadores, recaudadores y prostitutas! Al recibir aquel pan, todos se sentían unidos entre sí y con Dios. Pero aquella noche, Jesús añade unas palabras que le dan un contenido nuevo e insólito a su gesto. Mientras les distribuye el pan les va diciendo estas palabras: "*Esto es mi cuerpo. Yo soy este pan. Vedme en estos trozos entregándome hasta el final, para hacerlos llegar la bendición del reino de Dios.*"

Hacia el final de la comida, el que presidía la mesa, permaneciendo sentado, cogía en su mano derecha una copa de vino, la mantenía a un palmo de altura sobre la mesa y pronunciaba sobre ella una oración de acción de gracias por la comida, a la que todos respondían "amén". A continuación bebía de su copa, lo cual servía de señal a los demás para que cada uno bebiera de la suya. Sin embargo, aquella noche Jesús cambia el rito e invita a sus

discípulos y discípulas a que todos beban de una única copa: ¡la suya! Todos comparten esa “copa de salvación” bendecida por Jesús. En esa copa que se va pasando y ofreciendo a todos, Jesús ve algo “nuevo” y peculiar que quiere explicar: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Mi muerte abrirá un futuro nuevo para vosotros y para todos”. Jesús no piensa solo en sus discípulos más cercanos. En este momento decisivo y crucial, el horizonte de su mirada se hace universal: la nueva Alianza, el reino definitivo de Dios será para muchos, “para todos”.

Con estos gestos proféticos de la entrega del pan y del vino, compartidos por todos, Jesús convierte aquella cena de despedida en una gran acción sacramental, la más importante de su vida, la que mejor resume su servicio al reino de Dios, la que quiere dejar grabada para siempre en sus seguidores. Quiere que sigan vinculados a él y que alimenten en él su esperanza. Que lo recuerden siempre entregado a su servicio. Seguirá siendo “el que sirve”, el que ha ofrecido su vida y su muerte por ellos, el servidor de todos.

Así fue la despedida de Jesús que quedó grabada para siempre en las comunidades cristianas. Sus seguidores no quedarán huérfanos; la comunión con él no quedará rota por su muerte; se mantendrá hasta que un día beban todos juntos la copa de “vino nuevo” en el reino de Dios. No sentirán el vacío de su ausencia: repitiendo aquella cena podrán alimentarse de su recuerdo y su presencia. De manera germinal, Jesús está diseñando en su despedida las líneas maestras de su movimiento de seguidores: una comunidad alimentada por él mismo y dedicada totalmente a abrir caminos al reino de Dios, en una actitud de servicio humilde y fraterno, con la esperanza puesta en el reencuentro de la fiesta final.

¿Hace además Jesús un nuevo signo invitando a sus discípulos al servicio fraterno? El evangelio de Juan dice que, en un momento determinado de la cena, se levantó de la mesa y “se puso a lavar los pies de los discípulos”. Según el relato, lo hizo para dar ejemplo a todos y hacerles saber que sus seguidores deberían vivir en actitud de servicio mutuo: “Lavándoos los pies unos a otros”. La escena es probablemente una creación del evangelista, pero recoge de manera admirable el pensamiento de Jesús. El gesto es insólito. En una sociedad donde está perfectamente determinado el rol de las personas y los grupos, es impensable que el comensal de una comida festiva, y menos aún el que preside la mesa, se ponga a realizar esta tarea humilde reservada a siervos y esclavos. Según el relato, Jesús deja su puesto y, como un esclavo, comienza a lavar los pies a los discípulos. Difícilmente se puede trazar una imagen más expresiva de lo que ha sido su vida, y de lo que quiere dejar grabado para siempre en sus seguidores. Lo ha repetido muchas veces: “El que quiera ser grade entre vosotros, será esclavo de todos”. Jesús lo expresa ahora plásticamente en esta escena: limpiando los pies a sus discípulos está actuando como siervo y esclavo de todos; dentro de unas horas morirá crucificado, un castigo reservado sobre todo a los esclavos.

(José Antonio Pagola. Jesús. 363-368)

2. TEXTOS

1ª Lectura: Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto:

-«Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: "El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino de casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito.

Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido.

Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, comeréis panes sin fermentar y verduras amargas.

Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el paso del Señor.

Esta noche pasaré por todo el país de Egipto, dando muerte a todos sus primogénitos, de hombres y de animales; y haré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor.

La sangre será vuestra señal en las casas donde estéis; cuando vea la sangre, pasaré de largo; no os tocará la plaga exterminadora, cuando yo pase hiriendo a Egipto.

Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor, ley perpetua para todas las generaciones.»

En su origen se trataba de una fiesta ganadera: los pastores celebran una reunión familiar con una comida para la que sacrifican un cordero. La sangre libra de los peligros del camino; la forma de vestir es la propia para desplazarse; los panes sin levadura y las verduras silvestres, no necesariamente amargas, completan la comida de comunión.

Los gestos tradicionales, al entrar en la historia de la salvación, se cargan de simbolismo: la salida anual de los pastores se convierte en marcha hacia la libertad; la comida es un encuentro de hermanos que recuperan los lazos perdidos durante la esclavitud, la sangre los libra del exterminador. En esa noche el Señor se salta los domicilios señalados y castiga a los que no están.

La pascua está cargada de espiritualidad: es una llamada a la solidaridad; forma o consolida al grupo: el que se aparta, se expone a morir. En la caravana está la vida. Aunque nadie es imprescindible, todos son necesarios y cada uno debe asumir su parte de responsabilidad y de servicio.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 115.

R. El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre. R.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas. R.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R.

2ª LECTURA: 1ª CORINTIOS 11, 23-26

Hermanos:

Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido:

Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: -«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía.»

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: -«Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía.»

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

El relato paulino de la institución de la Eucaristía es el más antiguo dentro de la tradición literaria del N. Testamento. Data aproximadamente del año 56. Los relatos sinópticos de Marcos, Mateo y Lucas son bastante posteriores. Pero todos utilizan materiales previamente formulados y fijados en un contexto litúrgico-cultural. La fórmula paulina se remonta a los años 40 y tendría su marco ambiental en Antioquia de Siria.

En unión con la de Lucas debe considerarse como la más antigua y la más cercana a la cena de Jesús con los suyos la víspera de su muerte. Si esto es verdad, el orden de los acontecimientos en la última cena y en la muy primitiva celebración de la Eucaristía debió ser el siguiente: consagración del pan-comida-consagración del cáliz. Pero muy pronto necesidades litúrgicas aconsejaron simplificar las cosas, poniendo primero la cena fraternal y colocando unidas a continuación las dos acciones eucarísticas, la del pan y la del cáliz.

EVANGELIO: JUAN 13, 1-15

La tradición sinóptica coloca como prólogo de la pasión la preparación y celebración de la cena. El cuarto evangelio la supone, pero en lugar de contar la institución de la eucaristía, la sustituye por el lavatorio de los pies. Lo relativo a la eucaristía, con las peculiaridades propias de Juan, lo traspasó a continuación de discurso sobre el pan de vida (6,23-50)

13,1 *Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.*

La frase inicial introduce no sólo el discurso de la cena, sino toda la narración de la entrega y muerte de Jesús, hasta sus palabras en la cruz. No se menciona lugar; ya no se nombra a Jerusalén, con la que Jesús ha roto definitivamente. Esta Pascua no es ya "la Pascua de los Judíos", ahora es la Pascua de Jesús, la del Cordero de Dios (1,19), que va a permitir el éxodo de las tinieblas a la luz.

Para Jesús, el paso de este mundo al Padre será la cruz, donde se entregará para dar vida al hombre; allí realizará la última etapa de su éxodo, la llegada a la tierra prometida. Es consciente del momento que vive y, en consecuencia, de su misión. No va a la muerte (*su hora*) arrastrado por las circunstancias, es él quien da su vida. La conciencia de esa hora es la que motiva la expresión de su amor hasta el fin.

Los suyos (Israel) no lo acogieron. Jesús, sin embargo, tiene ahora otros a quienes llama *los suyos*, los que le han dado su adhesión. Son la nueva comunidad, que sustituye al antiguo Israel. Su amor al hombre se ha demostrado en su vida, pero va a resplandecer en su muerte.

2-3 *Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía,*

Jesús está cenando con los suyos. No se trata de la comida ritual de Pascua, anticipada, sino de una cena ordinaria. Jesús no celebra el rito establecido; la cena cristiana no es una continuación de la judía. Aparece de nuevo la ruptura de Jesús con las instituciones de la antigua alianza. La cena pascual cristiana, la cena de su éxodo, será la de su cuerpo y su sangre, preparados en la cruz.

"El Enemigo" ha sido presentado antes como "el padre" de los dirigentes judíos; es el principio de homicidio y mentira que inspira al círculo de poder, el dios-dinero entronizado en el templo. Ha inducido ya a Judas a entregar a Jesús, aliándose con el círculo de poder.

Jesús sabe que de él depende la salvación de la humanidad, el éxito del designio creador de Dios. Con el lavado de los pies va a mostrar cómo se lleva a término la obra del Padre.

Jesús tiene plena conciencia de su verdadero origen, Dios, que lo llenó del Espíritu ("plenitud de amor y lealtad"), y de su itinerario y meta: el don total de sí, en el que Dios estará plenamente presente como vida absoluta.

4-5 *se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.*

Jesús va a mostrar a sus discípulos cuál va a ser la obra de su amor por ellos y por la humanidad, interpretándola en clave de servicio. Para ello, se

despoja del manto, la prenda exterior, y se ciñe un paño o delantal, propio del que sirve.

Lavar los pies a alguien era un signo de acogida y hospitalidad o deferencia. De ordinario, lo hacía un esclavo no judío o una mujer; también la esposa a su marido, los hijos e hijas al padre, es decir, un inferior a un superior; éste último era siempre un hombre libre, un "señor".

De aquí se deduce el significado del lavado de los pies: Jesús, el Señor, el hombre libre por antonomasia, se hace servidor de los suyos, dándoles con ello categoría de "señores". A través de su muerte, su obra será, por tanto, hacer hombres libres, darles su dignidad y crear la igualdad.

6-8 Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: -«Señor, ¿lávame los pies tú a mí?»
Jesús le replicó:-«Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.» Pedro le dijo: -«No me lavarás los pies jamás.»
Jesús le contestó:-«Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.»

Extrañeza y protesta de Pedro. Llama a Jesús "Señor", título de superioridad, en contraste con "lavar", servicio de un inferior. Jesús no se extraña de la incompreensión de Pedro, él conoce a los que ha elegido. Le anuncia que acabará por entender, pero requerirá tiempo. No acepta en absoluto que Jesús se abaje; cada uno ha de estar en su sitio. Defender el rango de otro es defender el propio. No aceptar la acción de Jesús significa no estar dispuesto a portarse como él.

Que el líder abandone su puesto para hacerse como los suyos, lo desorienta y, en consecuencia, no acepta su servicio ni, por tanto, su muerte por él. No entiende lo que significa amor, pues no deja que Jesús se lo manifieste.

Respuesta de Jesús: Si no admite la igualdad, no puede estar con él. Hay que aceptar que no hay jefes, sino servidores. Jesús, el Señor, es miembro de una comunidad de servicio; quien rechaza este rasgo distintivo de su grupo queda excluido de la unión con él.

9. Simón Pedro le dijo: -«Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

La reacción de Pedro muestra su adhesión personal a Jesús, pero también que no entiende su manera de obrar. Con tal de no separarse de él está dispuesto a hacer lo que quiera, pero por ser voluntad del jefe, no por convicción. Sigue siendo dependiente. Se muestra dispuesto a obedecer, pero no a imitar.

10-11 Jesús le dijo:
-«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos.»
Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios.»

Jesús corrige la segunda interpretación de Pedro; no se trata de rito purificadorio, sino de servicio. Así lo había mostrado el gesto de Jesús de

quitarse el manto y ceñirse un paño o delantal, como un criado.

En ese estado de limpieza hay, sin embargo, una excepción. Hay uno que se opone a Jesús, porque no comparte sus valores ni su programa. Quien rehúsa dar su adhesión a Jesús está separado de Dios. Judas, aunque Jesús le ha lavado los pies, no está limpio. Esto indica de nuevo que el lavado no significaba purificación. La limpieza o no limpieza eran anteriores a la acción de Jesús, y ésta no ha cambiado la situación. Pero Jesús no ha excluido a Judas de su aceptación ni de su amor. Le ha dado la misma muestra que a los demás.

12-15 Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo:
-« ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decid bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

Con el paño puesto, de nuevo toma Jesús la postura de hombre libre, indicando que el servicio prestado por amor no disminuye la dignidad del hombre. Los ha hecho libres (señores), pero él no ha dejado de ser libre y señor.

Jesús, el Maestro y el Señor, los ha colocado a ellos en su mismo nivel. Los hace iguales y los trata como iguales. Ellos deben hacer lo mismo. En su comunidad, las diferencias no han de crear categorías; las dotes personales o las funciones comunitarias no justifican las pretensiones de superioridad. No hay más funciones que las que requiere la eficacia del amor mutuo, y éstas nunca deben eclipsar la relación personal de hermanos. La estructura de la comunidad no será piramidal, con estratos superpuestos, sino horizontal, todos al servicio de todos.

Al lavarles los pies, Jesús les ha mostrado su actitud interior, la de un amor que no excluye a nadie, ni siquiera al traidor. Jesús es Señor porque es soberanamente libre.

Por otra parte, lo que ha hecho Jesús, el Maestro y el Señor, no es un gesto transitorio, es una norma válida para todos y para todo tiempo. Pero el servicio no se impone; no nace del sentido del deber, sino de la espontaneidad del amor.

Por no alargarme solamente he trabajado los textos y el comentario exegético. Es de Juan Mateos y J. Barreto (Cristiandad. 589-598). Y de la Casa de la Biblia.

Sigo con la costumbre de incluir en el CONTEXTO, páginas del libro de Pagola. Me parece un libro esencial para el conocimiento y seguimiento del Señor Jesús, a pesar de la persecución de conocidos estamentos eclesíásticos. Por sus frutos, bien ahora o más tarde, los conoceremos.

**Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>**